

J. J. Gómez Cadenas

NACIÓN NEANDERTAL



J. J. GÓMEZ-CADENAS
NACIÓN NEANDERTAL

AURORA


ESPASA

© J. J. Gómez-Cadenas, 2024
Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.529-2024
ISBN: 978-84-670-7263-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Huertas, S. A.
Impreso en España-*Printed in Spain*



1

DEMONIOS

República Centroafricana, RCA, enero de 2070

Tenía un mal presentimiento.

Lo había tenido desde que salieron de Bangui. Había algo en el aire, una amenaza que no sabía describir, y, sin embargo, no había cesado de agobiarla a lo largo del día.

«Todo va a ir bien», se repitió por enésima vez. Había hecho ese mismo recorrido muchas otras veces. La visita anual a los centros de salud del país era una de sus obligaciones, y ni mucho menos la que más le desagradaba. El viaje era largo y agotador, diez semanas dando tumbos en el todoterreno, atravesando selvas y sabanas, atascándose en los caminos embarrados, comiendo mal y durmiendo poco. Pero valía la pena, los centros mejoraban cada año, el número de doctores aumentaba, los equipos eran más sofisticados y los pacientes estaban mejor atendidos. Y esa última parte era la que le daba sentido al viaje, no había nada que la hiciera más feliz que comprobar que cada vez morían menos mujeres en el parto y menos niños de corta edad, que cada vez había menos ancianos abandonados, que las infecciones disminuían y la gente, *su gente*, vivía más. La malaria había desaparecido. El SIDA también. La desnutrición infantil era cosa del pasado. Llevaba ya tres décadas en la República Centroafricana, más de la mitad de su vida. Pero no era un tiempo tan largo para todo lo que habían conseguido.

—¡Mamá Ruth, mamá Ruth!

No tardarían en llegar al siguiente poblado; habría, como siempre, una bandada de niños esperando el convoy, se los imaginó corriendo junto al todoterreno, tomándolo al asalto en cuanto se detuviera, colándose por las ventanillas abiertas para ser los primeros en abrazarla. Todas las privaciones eran pocas comparadas con el placer de recibir esos abrazos, sentir las manos infantiles rodeando su cuello, los labios de las niñas besando sus mejillas, escuchar las palmadas rítmicas de las mujeres mientras coreaban una canción que repetía su nombre.

—¡Mamá Ruth, mamá Ruth!

Abrió los ojos. Reparó en que había dado una cabezada. Alika la estaba llamando, mientras tiraba frenéticamente de su blusa..—¡Mamá Ruth!

Tardó un instante aún en captar el tono urgente en la voz de la niña.

—¿Qué sucede, pequeña?

Alika extendió un brazo delgado, su largo índice apuntando hacia el fondo del camino de tierra por el que avanzaba el convoy, obstruido por dos grandes moabis.

—No es nada, chiquita. Los soldados lo despejarán en un momento.

Alika negó con la cabeza. Estaba asustada. No era de extrañar, la niña sólo tenía diez años y había perdido a toda su familia en un ataque a su aldea hacía unas semanas nada más. La carnicería en la que habían perecido los suyos había empezado como una más de las interminables disputas tribales, endémicas del país, que cien años atrás se resolvían a machetazos, con mucha sangre derramada pero pocas víctimas. En 2070 las cosas habían cambiado para peor. La misma violencia, pero armas mucho más destructivas al alcance de todo el mundo. El clan rival se había agenciado en el mercado negro uno de los drones comúnmente llamados águilas, un aparato mortífero, armado con ametralladoras y microcohetes extremadamente letales. El águila sólo necesitó cinco minutos

para convertir la aldea de Alika en un cementerio. La muchacha se había librado por casualidad, se encontraba a un par de kilómetros del poblado, recogiendo agua en el río. Después de comprobar que la pequeña no tenía a nadie entre los escasos supervivientes, Ruth había decidido llevarla con ella. Cuando llegaran a Bangui pensaría qué hacer. La solución más obvia era el centro de acogida de menores, pero también podría considerar adoptarla. ¿Por qué no? Después de todo, sería bonito que mamá Ruth pudiera, finalmente, tener su propia hija.

Alika suspiró, pareció tranquilizarse, apoyó su cabecita en el regazo de Ruth y un instante después dormitaba. El comandante del convoy se acercó al todoterreno.

—Tenemos que hacer una parada para apartar los árboles de la carretera, doctora. En una hora estaremos de nuevo en marcha.

—Eso espero. No quiero que nos sorprenda la noche en la selva.

—No tiene de qué preocuparse —sonrió el comandante, señalando al cielo.

Ruth asomó la cabeza por la ventanilla. Un águila planeaba sobre el convoy. No había forma de que ningún enemigo pudiera acercarse, esquivando sus sensores. Y en todo caso, el destacamento que las protegía era muy nutrido. Veinte soldados veteranos, armados hasta los dientes.

Pero el mal presentimiento no se desvanecía.

—¿Qué hacen esos moabis cortando el camino, comandante? ¿Y si se trata de una emboscada?

Una vez más el militar le dedicó una sonrisa confiada y un poco condescendiente.

—Está segura con nosotros, doctora.

Aún sonreía cuando una ráfaga de ametralladora lo barrió como un zarpazo. Ruth se oyó gritar a sí misma y de inmediato sintió los brazos de Alika rodeándole el cuello.

—¡Tengo miedo, mamá!

El protocolo que les habían explicado, «en el improbable caso de un ataque», era permanecer en el vehículo, equipado con blindaje antibalas. Ruth hizo todo lo contrario. Su instinto le dijo que la única salvación posible era internarse en la selva y esconderse de los atacantes.

Abrió la puerta y saltó del auto, esquivando el cuerpo destrozado del comandante.

«El águila —pensó—. ¿Dónde está el águila?». Cruzó el camino, se ocultó entre dos moabis, con Alika en brazos. Miró al cielo, a tiempo de ver un cohete derribando el dron que les protegía. Un instante más tarde, un tiro de mortero hacía saltar por el aire el vehículo del que acababan de escapar.

Pero los soldados de la escolta estaban reaccionando, devolviendo el fuego y agrupándose. Tres de ellos las rodearon, mientras disparaban sus fusiles ametralladores, el resto se parapetó tras los vehículos blindados. Dos soldados empezaron a disparar una ametralladora de gran calibre. Un tercero lanzó un misil de napalm en la dirección de la que provenía el ataque. El cohete explotó incendiando la selva. Se oyeron gritos de agonía, después silencio. El segundo comandante dio orden de desplegarse. Cautelosamente, los soldados avanzaron, con las armas preparadas. No se oía otra cosa que el jadeo de respiraciones entrecortadas, el golpeteo de botas pisando la tierra, el rumor de la lluvia que empezaba a caer sobre la selva. Por un instante, Ruth se aferró a la esperanza de que sus atacantes hubieran huido.

Y de repente estaban por todas partes. Escuchó gritos y el tableteo de las ametralladoras. Los asaltantes se movían muy deprisa, en un instante habían rodeado a sus soldados y los estaban masacrando. Cuatro de los agresores se abalanzaron hacia los árboles tras los que se había parapetado. Ruth tuvo la sensación de estar atrapada en una pesadilla, en la que sus atacantes no eran hombres, sino demonios. Demonios idénticos entre sí, bajos de estatura, robustos como ogros, con enormes cabezas cubiertas de pelo rojizo, rostros bestiales y

ojos de animal de presa. Sus escoltas abrieron fuego, uno de los demonios rodó por el suelo, los otros dispararon a su vez con puntería infalible, los tres soldados que las protegían cayeron en silencio, con la cabeza destrozada por las balas. Ruth se apoderó de la pistola de uno de ellos con su mano derecha, aferró a Alika con el brazo izquierdo y echó a correr hacia la selva. Consiguió avanzar diez o veinte metros antes de que el balazo la derribara. La pequeña rodó por el suelo, se levantó rápidamente, estaba cubierta de polvo, pero no parecía herida.

—¡Corre, Alika, corre! —acertó a gemir Ruth.

La niña se dio la vuelta y desapareció en la espesura. Uno de los demonios hizo ademán de seguirla. Ruth alzó la pistola y disparó. La bala se incrustó en el muslo de su enemigo, haciéndole caer de rodillas. Ruth apuntó a su cabeza, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, el demonio giró el rostro hacia ella, dejándola petrificada.

Era sólo un niño.

Dejó caer la pistola. «Cada vez que se salva un niño el universo se regocija», fue lo último que acertó a pensar, antes de que se hiciera la oscuridad.

2

LOS ELOI

Vrangelya, 2070

Mis primeros recuerdos son anteriores a las palabras. La piel de Madre contra la mía, aunque no sabía dónde empezaba una y donde terminaba la otra; las manos de Padre, enormes y gentiles, desenredándome el pelo; el olor de Hartz, sin el cual no me podía dormir. Recuerdo también las voces, cuando aún no eran voces, sino música. Madre era un oboe, Padre un contrabajo, Hartz un violoncello obsesionado con una sola nota, y esa nota era mi nombre.

Yo le correspondía con idéntica obsesión. Mis sentidos se volcaban hacia él, mi atención se concentraba en ver el mundo a través de sus ojos. Entendía sus rasgos con la misma facilidad con que entendía las palabras de Madre, pero no eran palabras lo que leía en él, sino emociones, que se reflejaban en mí como la luz en un espejo. Si él tenía hambre, a mí se me hacía un hueco en el estómago; si se adormilaba, me entraba la modorra; cuando estaba inquieto, yo respondía con idéntica agitación; cuando se concentraba en uno de sus dibujos, yo encontraba la tranquilidad para dedicarme a mis matemáticas. Contestábamos simultáneamente a cualquier pregunta, nos enfadábamos a la vez y nos reíamos al unísono. Madre bromeaba diciendo que había hecho mal en ponernos nombres diferentes, Hartz y Arce, hubiera bastado con uno solo, Harce, porque en realidad éramos una sola persona con dos cuerpos.

Al llegar la noche, Hartz era siempre el primero en empezar a bostezar; su metabolismo era mucho más rápido que el de todos nosotros y a pesar de las cantidades prodigiosas de comida que consumía, apenas caía el sol se quedaba amodorrado. Padre lo cogía en brazos y lo llevaba a la cama, Hartz pesaba tanto como un oseño, pero Padre lo cargaba fácilmente, mi hermano le echaba los brazos al cuello y un instante después roncaba como un bendito. Padre se quedaba un rato a su lado, tallando pacientemente figuritas de madera, un mamut, un tigre de dientes de sable, un rinoceronte. A veces, antes de dormirse, Hartz jugaba un rato con aquellos animales hechos de cedro y roble que repetían los que habitaban en las llanuras de nuestra isla.

En cambio, yo nunca tenía sueño, el final del día era mi momento favorito, porque era entonces cuando Madre me hablaba de los Eloi.

Yo era todavía muy pequeña, pero Padre ya nos había llevado a Hartz y a mí a la estepa, y el dibujo que Madre me mostró me resultó completamente familiar. Estaba trazado sobre una lámina de papel, con lápices de colores, y representaba una pradera cubierta de hierba y nieve, idéntica a las que yo conocía. En la pradera pastaban muchos animales que yo había avistado en nuestras excursiones: bisontes, ciervos, lobos de pelaje plateado, mamuts, rinocerontes y tigres de enormes colmillos. Le pregunté quién había dibujado aquel paisaje tan hermoso y tan familiar, imaginaba que habría sido Padre, que era capaz de tallar en madera todos los habitantes de la estepa, pero Madre me explicó que cuando era niña también ella había tenido un padre y una madre como yo, me señaló entonces una esquina de la lámina donde se distinguía un garabato, yo ya sabía leer y pude deletrearlo: «Paco Salinas». Madre me dijo que aquel era el nombre de su padre y que su madre se llamaba Marianne.

Después, Madre me mostró el dibujo de un joven. Su rostro se parecía al de Hartz, las cejas muy espesas, la nariz muy

firme, los ojos muy brillantes. Madre me dijo que su nombre era Aitz y que pertenecía a una tribu que se llamaba a sí misma los Eloi y habían vivido mucho tiempo atrás en una estepa como la nuestra. Luego me mostró otros dibujos. Abarra, el hermano menor de Aitz, que podía correr tan rápido como un lobo y era aún más feroz que estos; Ayena, la mujer de Aitz, pelirroja y dulce, tan fuerte como su hombre; Astalarra, el hijo de ambos, siempre tramando alguna travesura. En una de las láminas, los cuatro salían de cacería, dejando en el campamento a la abuela a cargo de Ardouky, que era todavía un bebé; en otra, Astalarra recorría la estepa para ir a buscar a Andrexe y pedirle que fuera su mujer. A lo largo de muchas noches Madre me fue mostrando las láminas que Paco había dibujado y contándome la historia de los Eloi, que Marianne le había contado a ella cuando era una niña como yo.